

Nació en Caracas en 1967, de ascendencia italo-venezolana. Se graduó en Letras en la UCV y obtuvo una maestría en Filosofía en la USB, además de un diplomado en Teología en la UMA.

Dedicada a la docencia desde hace más de 21 años en colegios como Los Campitos, el Instituto de Capacitación Profesional Los Samanes y el Mater Salvatoris, se ha concentrado en las áreas de Filosofía y Arte, así como en la formación humana y religiosa de sus alumnas. Desde hace 6 años es profesora agregada en la UNIMET, adscrita al Departamento de Humanidades, donde ha impartido asignaturas como «Conceptos y Problemas de Filosofía», «Filosofía Moderna», «Pensamiento Occidental» y «Lengua Española».

Su inquietud por conjugar la Filosofía con la Literatura le ha llevado a tratar temas relevantes de la vida cotidiana que le han parecido afectar en profundidad a todo ser humano. Los cuentos que ahora se publican en esta edición especial de *Cuadernos Unimetanos* forman parte de una colección titulada "Vidas al límite", nombre que sugiere bien la diversidad de situaciones susceptibles de ser vividas con extrema intensidad.

Tiene un lenguaje directo, preciso, con especial cuidado en los detalles descriptivos. Mantiene siempre el hilo coherente de un mensaje concreto que desea transmitir para reflexión del lector.

Actualmente, Ofelia está escribiendo una novela que compendia bien todas sus inquietudes.



Rostros fugaces

Me asombro de todo lo que puede suceder en minutos. El que recoge los platos viene y va sin advertir mucho quién entra o sale. No sé si piensa mientras camina, pues parece tan programado en sus movimientos que quizás no se reconozca a él mismo si se topara de pronto con un espejo. Está además tan embebido en el ir y venir que no saluda a quien se le cruza en el camino. Acaba de recoger las bandejas de una pareja que parece haber peleado, pues ambos están muy serios y callados. Quizás sean cosas más, no sé. Quizás tenga razón. Lo cierto es que no hablan. Rápidamente, así, sin darse siquiera cuenta de ello, el muchacho limpia y recoge; recoge y barre. Trabaja sin mirar rostros, sin ver quién tenía esas bandejas de las que tan bien desecha los restos de comida. Así, pues, entrenado para advertir el más mínimo rastro de polvo y el más minúsculo trozo de pan en el suelo, este ayudante dejó de interesarme por lo insulsa en que ha permitido que se vuelva su vida, pues parece máquina y no gente.

Muy cerca de él viene caminando una señora con una bandeja que de lejos parece bastante llena. Debo tener razón, pues no es nada esbelta. Efectivamente, panes, revoltillo, mermelada, mantequilla, jugo, café y... aunque no acierto a ver bien, creo que carne. Son apenas las ocho de la mañana, así que supongo que con ese plato no comerá hasta la noche. Muchos parecen aprovechar el desayuno para saltarse el almuerzo, pues la comida aquí es económica y sabrosa. No todos trabajarán aquí; muchos vendrán sólo a comer, así, como a veces lo hacía yo antes de irme a la Universidad.

El señor de enfrente está tan sumergido en la lectura del periódico que acaba de ensuciarse la corbata con el café. Pude leer la grosería en sus labios, y es que probablemente este accidente arruinará el impecable horario de su agenda. Parece exacto, muy seguro de sí mismo y ocupado. Esto debe haberlo puesto bravísimo, pues recogió sus cosas y dejó el sandwich prácticamente entero. El periódico se lo llevó; debe serle más útil que el sandwich. Salió tan fuera de sus cabales que se tropezó con la vendedora de chocolates que apenas llegaba. La pobre mujer pensó que era culpable del lamentable encuentro, pues la furia del ejecutivo amilanaba a cualquiera. Sin reparar siquiera en lo sucedido, el hombre siguió adelante hasta quién sabe dónde, pues una vez que la gente sale les pierdo el rastro.

No creo que al dueño le agrade saber lo mucho que se tarda su empleada en abrir la tiendita de chocolates, pues como además lo hace de espaldas al público, ni se entera de la cantidad de clientes que se van cansados de esperar. Y es que la pobre es mayor y su agilidad poca. Quién sabe qué cosas hay detrás de cada rostro, detrás de cada vida. Quién sabe cómo percibe cada quien el tiempo; el paso de "su" tiempo. Todo parece pasar tan de prisa y al mismo tiempo tan lentamente...El tiempo parece volar y a veces parece comprimirse en un cúmulo de minutos siempre iguales...Es extraño.

En fin, una vez abierta la tienda, la vendedora prosiguió a sacar una a una las pequeñas cajas que agrupaban chocolates según el sabor. Sus movimientos eran tan lentos que el tiempo parecía detenerse en el segundo de su único y prolongado acto, y es que la calma extrema me tenía ya adormecido e hipnotizado. Si no hubiese sido por el galopar contrastante de la mayoría me hubiera quedado dormido, pues para colmo estoy trasnochado.

La tienda es una quincalla de peroles y perolitos...bombas que dicen "Happy Birthday", "It's a girl!" o "It's a boy!", entre otras que sólo están decoradas con muñequitos. Los peluches son variadísimos, tanto como los chocolates que nadie compra, pues llevo aquí tiempo y no se venden. Quién sabe cuántos días o semanas tendrán ahí guardados y después le dicen a uno que son frescos... "sí, sí, de esta mañana, acaban de llegar".

Al fin advierto que el ruido que me tiene aturdido son los estornudos que vienen de la esquina. Es un hombre que no hace otra cosa desde que llegó. Así se entiende cómo se contamina el ambiente. No parece apurado. Contrasta con el resto, quizás haga lo mismo que yo; quizás sólo esté viéndonos a todos comer, caminar, entrar, salir, leer el periódico o hablar. Sería interesante intercambiar visiones, sobre todo si ya me ha visto a mí. Es misteriosa la vida, sí que lo es, pues nos pasamos unos a otros a sólo centímetros de distancia sin advertir siquiera que ni nos conocemos ni nos conoceremos probablemente nunca. Es raro; pero es que a veces hay tantas cosas que turban...Nunca pensé que vería lo que veo, pero tengo tanto tiempo aquí sentado que el volumen de la vida parece comenzar a revelárseme de pronto. Son muchos los rostros que pasan y muchos también los que me han pasado inadvertidos, pues o se van muy rápido o no captaron de inmediato mi atención. Lo cierto es que la vida parece pasar tan volando como fugaces desfilan estos rostros ante mi vista. Y es que así es. El tiempo se nos escurre entre las manos en cada instante imperceptible.

La gente entra y sale de la cafetería como volando se van los minutos. Todo ocurre en instantes y así, cada rostro que pasa es como un segundo que se me escapa, que no puedo retener. La señora que acaba de sentarse en la mesa de enfrente saca un termo de una bolsa de plástico. Quién sabe si es leche, pues sirve algo en la bebida que acaba de comprar y se lo toma todo junto con unas medicinas. Luce un tanto extraña, desarrapada y solitaria. La que se sentó junto a ella lee un libro mientras come su sandwich. Parece saborear más lo que lee que lo que come; y es que hay gente así, que come por obligación. Ninguna saluda a la otra, cada una está en su mundo y en su mundo se quedan ambas, pues se levantan con poco tiempo de diferencia y salen juntas por la misma y única puerta.

Todos pensarán que no tienen por qué saludarse, pues nadie ha venido para una reunión social; nadie ha sido invitado a algo por alguien. Así, ¿por qué habrían de saludarse? Nadie pierde el tiempo volteando el rostro para dirigirle unos "buenos días" al de al lado, pues si lo encuentra abstraído en su lectura o pensamientos podría llevarse un chasco. No a todo el mundo le gusta que le hablen y como uno no sabe quién es el de enfrente, resulta mejor no hablar. Así somos, así nos hemos vuelto. Sólo una viejecita que se sentó justo frente a mí tiene rato mirándome con una ternura de abuelita. Le sonrío puesto que me sonrío. Quizás recuerda qué hacía ella a mi edad, quizás me dirige la mirada sólo por educación, por estar yo cerca de ella. Y es que es natural que nos veamos y saludemos si el destino ha hecho que nos tropecemos, no sé, eso pienso yo y eso piensa ella probablemente.

Necesito un café. Estoy que me duermo. La cola de la barra es siempre larga, como si siempre fuera la única hora del desayuno. La gente come y come a cualquier hora, sin hora-

rio fijo y sin ninguna restricción. Son las once de la mañana y estoy tentado a preguntarle al señor de la izquierda por qué come tanto y tan tarde, pero pienso que podría preguntarme qué hago yo de vago sentado toda una mañana en el mismo sitio tomando café. Sí, quizás todo tenga una respuesta y yo las ignore. Quizás todos tengan *su* razón igual que yo. Quién sabe si con esta comida matee las otras dos del día; quién sabe si no ha comido desde ayer, y quién sabe por qué. Lo cierto es que mejor observo y me callo. Lo he visto tanto que ya me da vergüenza hasta voltear a la izquierda, pero no puedo evitarlo porque alguien tiene parada la cola desde hace tiempo y no sé qué pasa. Escucho que la muchacha que sirve le dice que se calme, que las arepas no se van a acabar, y es que un muchacho está angustiado porque sólo ve dos en las bandejas. Los hábitos de todos se ven en cada plato; así, cuando uno cree que alguien lleva comida a varios que esperan en la mesa, advierte que todo es para él, así como otros comen sólo frutas, como pajaritos. Los platos varían tanto como las personalidades, y así como uno no sabe cómo unos sobreviven al ayuno, tampoco se entiende dónde caben a otros unos chocolaticos de la tiendita de enfrente después de la bandeja que se les vio. Otros dirán de mí que tomo excesivo café, y tienen razón, pero es que no puedo vivir sin él.

Por mirar a la gente no he reparado en que hubiese podido saltarme la cola para comprar el café, pues la máquina está al final de la barra y yo no voy a pedir otra cosa. Pero es muy tarde para eso, ya casi estoy llegando y además, no tengo nada que hacer, salvo esperar. Unos minutos más, unos menos, no hacen ciertamente gran diferencia y lo cierto es que si no hubiese sido por esta larga espera no habría podido detallar los rostros de los que sirven, cosa que en estos momentos me interesa. No miran a la cara a los que piden alguna cosa; a veces levantan la cabeza, pero he visto que lo hacen sólo cuando no han escuchado bien la orden o cuando alguno se impacienta, como fue el caso del muchacho de las arepas. La costumbre de ver la comida y servirla lo más rápido posible no les deja mucho tiempo de ser amables, y es que los mismos clientes han forzado a estos muchachos a no perder segundos en conversaciones que restarían eficacia al proceso. A pesar de todo, la muchacha que sirve el queso ha encontrado minutos para dialogar; es la más simpática, pregunta qué queremos y desea buen provecho. La que abre las arepas sólo escucha y rellena, pero sonrío apurada y artificialmente. Y es que aunque todos fuesen adorables, el diseño de la barra muestra rostros interceptados por barrotes que sostienen empaques de comida. Quizás los que sirven intentaron ser amables al principio, pero el esfuerzo de tener que buscar el rostro del cliente por entre los barrotes los forzó a ser impersonales en el trato. A uno termina sólo importándole que le sirvan su comida lo más pronto posible, y así nos acostumbramos a vernos sin mirarnos; a vernos sin reparar siquiera en la expresión de los rostros. La vida pasa rápido y nosotros nos esforzamos en acelerarla aún más. Es curioso, tragicómico o melodramático, no sé qué sea, pero sí que lo es.

La muchacha de la caja está tan automatizada como la máquina misma. A uno le da hasta flojera dar las gracias por el vuelto recibido, pues uno intuye que a quienes cobran les da lo mismo si agradeces o no; así, ¿para qué esforzarse tanto cuando abrir la boca para hablar lleva su tiempo?

Sentía tanta curiosidad como los demás de acercarme a la tienda de chocolates y ver las cosas de cerca, pues es una quincalla de tal calibre que no se la puede estudiar de lejos. Muñequitos, peluches, globos, chocolates en forma de bombones, de botellas de champaña, de cestas o de corazones; almohaditas decoradas con muñecos y frases como "sólo pienso en ti" o "te quiero a cada instante"; cuadritos para guindar en la pared o en las puertas de la casa con mensajes tan dispares como "Angel de mi guarda, dulce compañía" o bien "¿Dónde coño están las llaves?", "¡Vendo esposo! Mi casa, mi carro, mis joyas, mi perro, toda la ropa, todo en excelente condiciones, única dueña, poco uso. Compre todo y pague como pueda", "Si en este hogar falta algo, no lo diga, tráigalo", "Qué triste preocupación cuando uno está ocupado y viene un desocupado a darle conversación", "Si no hay caña llame al

800/curda"...etc...etc...etc...En fin, cosas y cosas que lee uno para perder el tiempo. Lo cierto es que viene y viene gente a preguntar cuánto cuestan las cosas y hasta ahora sólo una muchacha se ha llevado un globito del pato Donald, quién sabe si para su hijo.

*¿Los globitos?...Sí, sí, a 10 bs cada uno. Los chocolates a 8...*La gente pasa y vuelve a pasar y al final no compra nada. Yo tampoco he comprado nada, pero es que no acierto a imaginar para qué puede servirme tanto perolito. El pequeño árbol de Navidad luce bonito en la tiendita. Es quizás lo único que me atrevería a comprar, pero es lo único que no está a la venta. Es el principal adorno de la tienda, así como los ositos que encajaron en las ramas. *Bellísimo...* oigo que dice la empleada a su amiga... *bellísimo. Me costó 200 en el Centro. Es morado, tiene estrellitas y un San Nicolás...pero es bellissimo...bellísimo*, repite sin parar. La vendedora habla y habla con la amiga acerca de un bolso morado que acaba de comprar. Es curioso cómo repite que es *bellísimo*. Lo hace cada vez con menos fuerza, pero lo repite una y otra vez. Parece hipnotizada, pues habla ya mirando a lo lejos como sin recordar siquiera a qué se refiere con el *bellísimo*. Da cierta lástima, pues parece asirse a lo más bello que ha visto últimamente, a lo que en los últimos tiempos le ha procurado quizás más felicidad. La entiendo bien, pues yo también he vivido esos momentos de apego a cosas concretas, cosas de las que al poco tiempo puedo prescindir con facilidad.

Una vez sentado en mi silla recorro de nuevo la mirada por todas partes. El ambiente de la cafetería se me ha hecho infinitamente familiar, pero cuando siento que empiezo a intimar con algún rostro que permanece cierto tiempo en el lugar, viene el relevo. Ahora todos son nuevos. El tiempo que tardé en comprar el café y echarle una ojeada a la tiendita sirvió para renovar el ambiente. No pretendo hacer amigos en una cafetería tan transitada, pero busco un cierto calor que da la familiaridad.

Aquí muchos hacen lo mismo que yo; miran al resto mientras comen. Sólo unos pocos caminan sin mirar rostro alguno, pero son también pocos los que llegan como ha recién entrado uno que se tiene a sí mismo como galán. La actitud es impertinente, altanera, repulsiva, pues es de esos que entra mirando *quién* lo mira. Lo curioso es que después de dar la vuelta a la cafetería decide salir de nuevo para volver a entrar. No sé si pretende modelar; lo cierto es que cada uno de sus movimientos es profundamente ridículo. Al fin decide comprar un café, pero no lo pide hasta que le preguntan qué quiere. Sin lugar a dudas hay distintas maneras de entrar dominando el espacio común. Y ésta es detestable, pues toda actitud que intimide a los otros genera un distanciamiento irreversible. Este individuo no fue el único que entró así, como *siendo esperado* por todos. Un hombre vestido de negro, con un maletín inmenso y también negro, entró como quien se siente dueño del lugar. Tiró al suelo el maletín, seguro, además, de que nadie iba a llevárselo, y corrió a comprarse el desayuno o el almuerzo, quién sabe qué considere él que sea su comida a las once y media de la mañana. La efectividad de sus movimientos lo hace ver como un hombre competente, cumplidor de su horario, rápido, pero lo cierto es que al sentarse parece disponer de todo el día para comer. La aparatosa entrada y la tan ajetreada manera de comprar su comida contrastan cómicamente con la tranquilidad con que come. Todo el tiempo que no tenía para entrar y caminar con reposo supo reservarlo bien para comer. Es realmente increíble. Este hombre saluda, además, a todos los que trabajan en el lugar. Es el único que parece conocer a todos... *A mí no me gustan los millonarios*, dice a una mesonera, *estoy cansado de trabajar con ellos...*

Mientras trato de escuchar lo que dice, pues se sentó muy cerca de mí, veo entrar a un niño pequeño que parece estar solo. Mientras busco a la mamá con la mirada, veo que una señora voltea de pronto y lo mira. Es curioso cómo camina y camina sin estar realmente pendiente de si su hijo sigue detrás. Cualquiera podría llevárselo en segundos, pues se tardaría menos en raptarlo que lo que ella tarda en voltear a verlo. El niño salta y salta y va de aquí para allá, libre como el viento, o descuidado como una casa sin dueño. No sé.

Mientras sigo al niño con la vista, pues realmente me preocupa que se pierda, veo a una señora limpiar un tanto obsesivamente las tres tacitas de café que se tomó. Pienso que hu-

biera sido más fácil comprar un café grande, como hice yo, en lugar de tres pequeños, pero he visto cómo todos tenemos nuestras manías o rituales para empezar el día. Quizás ella *necesite* sus tres cafecitos tanto como yo el mío grande. La mujer recoge los trocitos de pan que cayeron fuera del plato, las cenizas que se desprendieron y siguen desprendiéndose de su cigarrillo, la servilleta sucia que quedó fuera de los límites de su pulcritud y el vaso de jugo que ya terminó. Todo quedó *pulquérrimo*, como se dice, pero debe ser asfixiante vivir con ella, y no precisamente por el humo de sus cigarros. Yo nunca he fumado por cierto, pues tragar humo me enferma; no sé cómo otros acaban dependiendo de un cigarrillo como un niño de su madre. El punto es que vivir con esta mujer debe sacarlo a uno de sus casillas.

Un hombre acaba de entrar con una *laptop* debajo de su brazo. Después de comprar un café se sienta muy cerca de mí. Abrir la computadora y cambiar su fisonomía fue cuestión de segundos. Llamó al mesonero *robot* que creí mudo para preguntarle si había posibilidad de enchufar el cable en alguna parte, pues su computadora acababa de descargarse y él necesitaba escribir. Al saber que no había nada que hacer se puso bravísimo, cerró la computadora y salió como un bólido de la cafetería. La verdad es que cada quien está en su mundo, en su mundo muy particular... Me encantaría saber qué era eso tan importante que pensaba escribir, pues me hubiera permitido entrar en ese ámbito desconocido que constituye el mundo de cada uno. Entrar en la mente de los demás, en el fuero interno donde se toman las propias decisiones, donde hierven las pasiones que ni uno mismo atina a veces a discernir... Me gustaría, pero es imposible.

Cuando trataba de alcanzar con la mirada las bandejas de unos novios embelesados, vi una cucaracha que pasaba por entre las piernas de una pareja que comía sin advertirla; veo que sigue por donde le viene en gana sin que nadie se dé cuenta de que existe... Alguien la verá, la pisará, y se acabará todo. He tenido tiempo hasta de detallar los movimientos de la cucaracha. Cualquiera diría que no tengo nada que hacer. Lo cierto es que espero una noticia importante; una de esas que cambian la vida y la recortan de pronto. Veo doctores que van y vienen y me pregunto a cuántos habrán visto morir. Uno se acostumbra a verlos fuera de contexto, en otro lugar que no sea la clínica, sin que tengan alguna relación con un ser querido o con uno mismo... Uno se acostumbra, digo, hasta que los ve ejerciendo con uno mismo. Es rara la vida. A veces se vislumbra como un futuro largo, que no acaba nunca, y otras veces, en cambio, se acorta hasta el extremo de imponérselo a uno con la figura de un segundo. Uno los ve de lejos, a los doctores, digo, y los ve riendo, hablando como habiendo olvidado de cabo a rabo a cada uno de los pacientes y sus problemas... Sé que es injusto, porque son hombres, hombres que tienen familia y sus propias enfermedades, quizás. Sé que deben reír aún cuando hayan visto morir a alguien segundos antes... Uno también lo hace... Se llora y se ríe, se ríe y se llora... Así es la vida. Veo a la gente caminar, ir y venir, comer y reír, y todo parece raro, no sé, lejano. No sé si sea porque estoy a punto de irme, y no propiamente de la cafetería; no sé si sea porque no conozco a nadie y la extrañeza se duplica. Buscaba una familiaridad que me diera seguridad, pero lo cierto es que el espacio se me hace cada vez más indeterminado, impreciso, subyugante. En la medida en que detallo cada rostro se me hacen todos más fugaces. Los veo a todos hablar por segundos, porque están siempre apurados, nerviosos, pensando en otra cosa que les ocupa los sentidos por completo.

La vida se hace intensa cuando a uno se le acorta... Si a ellos se les estuviese acortando caminarían con mayor tranquilidad, observarían todo con más interés y hablarían con los demás como aferrándose al amor.

Ya son las 12:00. Debo subir. Perderán mi rastro cuando salga de la cafetería y yo perderé el de tantos rostros con los que nunca hablé.

Conozco el diagnóstico como si ya me lo hubiesen dicho.